



El Cuerpo de Cristo – El Lugar de Formación

No es de imaginarse que Dios va a enviar hombres al mundo y a las naciones sin antes haberlos esmerilado y afilado en su propia comunidad. Necesitan traer la palabra a la compañía de personas con las cuales se unen diariamente.

Si la comunidad o congregación no apoya a sus profetas, no habrá hombres que sean enviados.

El profeta debe de ser enviado desde un cuerpo que entiende estas cosas y que reconoce la importancia y de su hablar y actuar. Necesita ser enviado por la imposición de manos, que quiere decir, “No solamente nos identificamos contigo, sino que te sustentaremos con nuestras propias intercesiones, porque vamos a sufrir las consecuencias de lo que estás haciendo. Estamos en esto contigo.” Eso es la ‘Antioquía’ por la cual hemos estado esperando, para que hombres puedan ser enviados en un contexto de identificación.

“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquia, profetas y maestros... Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo...”

(Hechos 13:1a y 2a)

En otras palabras, cuando hombres con esos dos llamamientos fueron hallados ‘juntos’, o sea, algo más que hallarlos sentados en la misma habitación, *“dijo el Espíritu Santo...”* Cualquiera que sabe de esto conoce la dolorosa tensión entre el maestro y el profeta. No es porque estén *esperando* actuar de manera contraria, sino que ambos, actuando desde la integridad de su propio llamamiento, necesariamente hay fricción y se despellejan mutuamente. El maestro lo quiere de acuerdo con la Palabra—línea sobre línea, precepto tras precepto. Si no hubiera, sin embargo, la presión que viene de las cosas visionarias para mover al maestro detrás de la seguridad de la línea de las cosas de acuerdo a la Palabra, el maestro mismo estaría limitado. Por tanto, hay acción recíproca, con ambos hombres actuando a partir de la integridad de su llamamiento, e irritándose necesariamente. Es ahí donde entra el amor, poniéndole nombre, soportar la tensión de ello, y recibir su beneficio, y no huir de ello porque hay tensión dolorosa e irritante.

El Espíritu de Dios dijo a la congregación de Antioquia, *“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado* (Hechos 13:2b).” Fue en la comunidad que fueron separados de sus propias ambiciones y defectos.

El Cuerpo de Cristo, el cuerpo profético por excelencia, el cuerpo que sustenta, es de importancia crucial en la formación, perfeccionamiento y envío de la voz profética a la tierra. Eso es a lo que nos estamos refiriendo con comunidad profética. No todos tienen el llamamiento, pero todos están enterados. Todos entienden la importancia de la palabra profética. Situaciones institucionales jamás producirán un profeta. Pero jamás habrá ‘Antioquías’, cuerpos que envíen, a menos que los deseemos y estemos dispuestos a pagar el precio que requieren.

¿Tenemos la habilidad de reconocer a aquellos que dan evidencias del llamado?

No estamos para desalentarlos, sino para animarlos. Al mismo tiempo hemos de mostrarles la operatividad de la mixtura entre carne y Espíritu. Con un proceso tal de amonestación y exhortación amantes, el Cuerpo puede ser de ayuda para ellos.

El profeta necesita ser separado incluso de la autoconciencia de su propio llamamiento, no digamos de la ambición subrepticia que le pide que sea visto, aplaudido y reconocido.

Necesita ser capaz de soportar el reproche y el rechazo que invariablemente será la consecuencia de su fidelidad. De hecho, toda la vida y la historia del profeta en Dios están calculadas para ese fin. Es agravio, consternación y cada cosa calculada divinamente, porque así es como se forma la persona profética. No existe una forma barata de incubarla. Debe de pasar a través de la esencia de los asuntos de la vida para un día señalarlos con penetración y autoridad en otros, compeliéndoles a decisiones por o contra Dios.

Mientras que sus obediencias más radicales por lo general serán realizadas personalmente, el profeta es un hombre al mismo tiempo comunal y corpóreo, no en un sentido idealista, sino como alguien que es constantemente corregido por otros, pero deseándolo. El momento de obediencia bien puede venir como la situación en que uno tenga que pararse delante de Acab, pero lo que hace que ese momento sea tremendo y poderoso en su fuerza para confrontar, es lo que lo ha precedido, o sea, el hombre que es sacado de una verdadera vida corporativa.

La vida corporativa no se da en una comunidad utópica y romántica. Se trata más bien de una situación donde ese hombre está más sujeto a escrutinio y examinación que cualquier otro que forme parte de dicha comunidad. Si la comunidad no está rindiendo ese servicio, entonces no me es posible pensar en otro peligro que sea más grande para el profeta.

El profeta *debe* hacerse accesible. Un profeta que prefiere la privacidad y que se le deja solo o que está rodeado de un staff que confirma o congratula a todo mundo, muy probablemente será falso o llegará a serlo. Hay una diferencia entre vivir en una comunidad interactiva y entre estar rodeado y afirmado por un staff de empleados asalariados.

Existe otra situación cuando se está viviendo en proximidad y relación y donde otros tiene toda la libertad para criticar y hablar a tu vida. El profeta verdadero sabe que a menos que esté recibiendo esa clase de escrutinio, entonces caerá en engaño y *eso* sin saberlo. Solamente porque alguien tenga una unción de parte de Dios, no significa que es invencible. La presencia de la unción no significa necesariamente que la declaración de aprobación de Dios está sobre la vida del individuo en su totalidad. Es posible ser ungido en el lugar de ministerio, pero los defectos y contradicciones en la vida, personal y privadamente, necesitan tratarse.

Los profetas no deben de salir hasta que hayan sido trillados como grano. Y deben de esperar el trillado y desearlo, ya que hay sutilezas en el alma de cada ser humano—pequeñas insinuaciones de ambición, pequeñas presunciones de orgullo, pequeñas nociones románticas de que pensamos del servicio profético—con las que Dios ha de tratar a fondo. Esto es necesario de tal forma que cuando el profeta hable, hable la palabra de *Dios*, no solo en su contenido, sino también en el modo, tono, actitud y espíritu de Dios.

P.A. DAVID NESHER